

CRÓNICA | PERIODISMO NARRATIVO

Daniela Vittoria  
*Un resplandor escondido*



Paso frente a la Plazoleta del Rosario casi todos los días. El Transmilenio se detiene en la estación Museo del Oro y mientras abre sus puertas y las personas salen y entran y se acomodan en sus sillas, mi mirada busca la esquina de la carrera 6 que está repleta de hombres. Podría imaginar que se están organizando para salir a protestar. Podría imaginar que en alguno de esos edificios están regalando comida, o ropa, o dinero, o tinto y ellos esperan a que empiecen a repartir. Podría imaginar que está por empezar algún campeonato de ajedrez y ellos son los participantes. Podría imaginar muchos escenarios hipotéticos (y es inevitable hacerlo), porque ante los ojos que miran extrañados desde lejos no parece haber ninguna pista que delate el juego diario que sucede allí.

La mayoría de los hombres que ocupan esa esquina de la plazoleta parecen tener entre cuarenta y setenta años. Algunos usan sombrero aguadeño, otros usan cachucha, otros dejan sus cabezas canosas sin ningún accesorio. Siempre con el cabello bien peinado. Unos cargan maletas pequeñas cruzadas en la cintura, otros solo utilizan los bolsillos de su pantalón o de sus chaquetas. Visten informales, como si fuera un día cualquiera de domingo y estuvieran visitando a sus amigos. Hay caras amables, sonrientes, hay caras enojadas y con el ceño fruncido, hay rostros cansados disimulando entre la gente que se acerca. Todos ellos llevan guardadas piedras luminosas y verdes, de múltiples formas, tamaños y precios.

Esmeraldas, les llaman. Una gema o piedra preciosa de gran valor, muy famosa dentro del mundo de la joyería. En América del Sur, Colombia no solo es el mayor productor mundial de esmeraldas, sino que también es reconocido por tener minas donde se consiguen las esmeraldas de más alta calidad. Esmeraldas, les dicen. Se asocian con el amor, la inmortalidad, el poder y la sabiduría. Representan al signo zodiacal Cáncer y al chakra del corazón. Esmeraldas, las nombran. En Colombia, estas gemas han sido protagonistas de asesinatos, guerras y mitos que otorgan a su simbolismo la fuerza de la codicia y la traición. Esmeraldas.

¿Cómo termina esta piedra tan preciada, valoradas desde la antigüedad, en los bolsillos de hombres que todos los días salen a la Plazoleta del Rosario? La mayoría de las esmeraldas que llegan a este lugar vienen de minas ubicadas en el occidente de Boyacá. Hay dos cerros especiales que tienen el nombre de Fura y Tena y son el resultado de una leyenda popular en el mundo de estas piedras verdes. Fura era la mujer más hermosa de la región y Tena un príncipe muzo. Se casaron bajo la bendición del dios Are con una sola condición: que se mantuvieran fieles por la eternidad. Pero Fura se entregó al dios maligno Zarbe, quien le prometió la inmortalidad. Cuando Tena se enteró de la traición, murió de pena. Entonces Fura lloró hasta que sus lágrimas penetraron la tierra y se convirtieron en esmeraldas. Finalmente, los dioses dieron fin a esta tragedia transformando a los amantes en dos montañas: Fura y Tena, separados siempre por el río Zarbe. Pareciera que, desde entonces, cada una de estas piedras preciosas guardara el eco de ese dolor.

Al abandonar la vista desde la ventana del Transmilenio y acercarme a la carrera 6 con calle 13, los destellos verdes se empiezan a colar entre las manos de los hombres que esperan, esperan, toman tinto y esperan. Veo como algunos interesados se acercan y preguntan, y los hombres sacan hojas de papel blanco, blanquísimo, que están dobladas como protegiendo del frío a las piedras que descansan adentro. Al abrirlos, aparecen acostadas unas esmeraldas pequeñitas que se mueven en los pliegues del papel, dan vueltas para mostrarse por todos lados, desfilan su verde luminoso, su encanto tan anhelado. Aunque la persona interesada solo le pregunta a uno, los otros hombres aguardan cerca, mirando detenidamente, preparando su papel doblado en las manos por si la oferta de su compañero no es lo suficientemente buena. El chisme y las risas se silencian por un instante.

Desconociendo la trama que se teje alrededor de este lugar, es natural sentir un ambiente de misterio, como si sucediera algo prohibido aquí, algo muy secreto, algo ilegal. Los cuerpos de estos hombres juegan a mantener oculto el verde que guardan, sus manos bailan en los bolsillos y solo es posible revelar el brillo ante los ojos de un aparente comprador confiable. Sin embargo, veo a un señor que decide romper las reglas. Se sale del compás y saca las piedras preciosas ante los ojos de todos y todas. Su osadía no es gratuita, pareciera que las esmeraldas que muestra aún no son dignas de buscarles un escondite, aún están incrustadas en rocas, aún están sin pulir, aún no valen tantísimo. Las expone sobre una tela al aire libre para que los ojos de curiosos e interesados las vean sin necesidad de pasar el examen de confidencialidad.



Santiago Mera  
*Cuando las balas deciden:  
memorias de un periodista*



I. La noche de Soacha: el inicio del quiebre

El 18 de agosto de 1989 todavía me pesa en la memoria como una herida abierta que no solo me marcó a mí, sino a todo el país. Ese día amanecemos con los titulares que ya se habían vuelto parte de la rutina: un carro bomba estalló en Medellín, amenazas contra jueces en Bogotá, un alcalde extorsionado en Cali. Colombia vivía en un estado de alerta que parecía normalizado. Era la época en la que Pablo Escobar y los “Extraditables” —un grupo de narcotraficantes que se autodenominó así para rechazar la extradición a Estados Unidos— publicaban comunicados en los periódicos anunciando nuevas listas negras, como si se tratara de decretos oficiales dados por la autoridad. El miedo estaba en todas partes: en la fila del banco, en los buses repletos, en los pasillos del Palacio de Justicia donde los magistrados salían mirando por encima del hombro. Uno sentía que la vida podía acabarse en cualquier esquina, con una explosión o con un tiro en la frente.

Yo era un reportero de 24 años en Bogotá, con apenas unos dos años de experiencia en el periodismo, recién había entrado al periódico El Espectro

en apoyo para la sección de política, y esa noche me asignaron cubrir un mitin en Soacha, un municipio obrero al sur de la capital. En la redacción me lo encargaron como un trabajo rutinario: “vete a cubrir a Galán, mándanos la crónica y regresa”. Pensé que sería una nota más de campaña, otro discurso de esos que terminan siendo una lista de promesas repetidas. Salí con mi libreta que recién había comprado y tenía escasos apuntes vagos de que nota debía tomar, también llevaba mi grabadora desgastada de casetes que me había regalado un profesor de la universidad y la ingenuidad de quien aún creía que cubrir elecciones era hablar de propuestas, no de pólvora y gritos.

La plaza estaba repleta cuando llegué. Miles de personas, familias enteras, se habían reunido para escuchar a Luis Carlos Galán Sarmiento, el líder del Nuevo Liberalismo que ya muchos veían como presidente anticipado. Había una energía particular en el ambiente: un fervor político distinto al clientelismo electoral que solía llenar plazas con buses pagados. La gente coreaba su nombre porque creía en él, porque representaba una posibilidad real de cambio en medio del caos. Galán hablaba de justicia social, de modernizar el Estado, de limpiar la política de la corrupción, y, sobre todo, de enfrentarse a Escobar y sus hombres con la herramienta más temida por los capos: la extradición. Esa palabra era dinamita pura y hablarlo públicamente era ponerse un INRI en la frente.

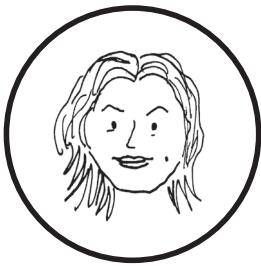
Entre la multitud ondeaban banderas rojas del Nuevo Liberalismo, los altavoces chirriaban con canciones de campaña y los vendedores ambulantes hacían negocio vendiendo empanadas y gaseosas. A simple vista parecía una fiesta democrática, pero quienes estábamos allí sabíamos que el riesgo era real. Había rumores de infiltrados entre el público, y en los pasillos políticos se comentaba que los carteles ya habían decidido matarlo. No era la primera vez que se advertía un plan contra su vida. El propio Galán, había advertido antes, había dicho que sabía que lo querían matar, pero que debía seguir adelante ya que no se podía dejar amedrentar por el cartel de Medellín. Esa noche, mientras lo veía subir a la tarima, entendí que su carisma no podía tapar el miedo que se respiraba en el ambiente ya que no solamente era una opción política, sino que parecía ser el indicado por el pueblo.

Yo lo vi subir a la tarima con su sonrisa característica, esa que parecía tranquilizar a la gente como si pudiera conjurar el peligro con carisma. Saludaba con la mano en alto, agradecía a la multitud, y en su voz había una seguridad que contrastaba con las sombras de esa noche. Era poco más de las ocho y media cuando comenzó a hablar. A las 8:45, lo recuerdo con exactitud, escuché lo que en un principio confundí con voladores de fiesta, ese estallido seco que se confunde con pólvora en las plazas. Pero enseguida vinieron los gritos: “¡le dispararon!”. El caos fue inmediato. Vi cómo Galán se doblaba hacia atrás, su saco oscuro manchado de sangre a la altura del abdomen y el pecho. Los escoltas intentaron cubrirlo mientras el público entraba en estampida. El estruendo de los disparos aún retumba en mi cabeza: sonidos cortos, contundentes, que partieron en dos la historia de Colombia. Yo me lancé al suelo, mi grabadora apretada contra el pecho, como si ese objeto frágil pudiera protegerme de la violencia que se había adueñado de la plaza en Soacha.



INFANTIL | JUVENIL

**María Paula Díaz**  
*El saltamontes y la amapola*



En los confines de un jardín donde el sol se derrama como miel amarga, vive Saltarín Sonriente, un saltamontes de patas primorosas y antenas altivas. Sus saltos son sinfonías silbantes que surcan el aire, y su verde bruñido compite con las hojas más jóvenes del jardín.

Saltarín se siente señor de su territorio, aunque en el fondo sabe que comparte el jardín con muchos otros. Desde su perspectiva de pequeño gigante verde, el mundo se extiende en vastas praderas que conquista con brincos valientes. Cada mañana, al despertar entre los tallos tiernos, contempla su reino con ojos orgullosos, vigilando también las sombras de los pájaros que cruzan el cielo como nubes veloces. Allí está su trono de trébol, más allá está su pista de carreras entre las margaritas, y en la distancia, los rascacielos de diente de león que marcan las fronteras de su imperio. Pero hay algo que perturba la frágil paz de Saltarín: Una extraña columna color coral que ha brotado cerca de su refugio nocturno. Alta, altísima le parece, elevándose hacia el cielo como un misterioso monumento. La observa con curiosidad y cierto recelo, pues no recuerda haberla visto antes. ¿Sería acaso una nueva amenaza? ¿Un intruso en sus dominios?

Lo que Saltarín no sabe, es que aquella “columna” no es sino el tallo tierno de Florita Fragante, una amapola adolescente que apenas comienza su lento despertar al mundo. Para ella, que conoce únicamente la oscuridad subterránea de sus primeros días, emerger a la superficie es como nacer por segunda vez.

Florita Fragante no es cualquier brote. Es una amapola joven que aprende a escuchar el mundo. Desde sus raíces conoce el lenguaje secreto de la tierra: La memoria de la lluvia, el pulso escondido de las piedras, el murmullo de los hongos invisibles. Cada parte de ella es como una antena, lista para sentir lo que otros no notan. Florita siente el mundo de manera muy distinta. Donde Saltarín ve espacios para conquistar, ella percibe corrientes invisibles: El susurro del viento que le trae noticias de jardines lejanos, el calor del sol que le regala energía gota a gota, y el murmullo de las raíces vecinas que le cuentan secretos de la tierra profunda. Pero Florita tiene un problema: Se siente terriblemente sola. En su mundo de sensaciones sutiles y tiempos pausados, anhela encontrar a alguien con quien compartir las maravillas que descubre cada día. Sus vecinas las violetas son demasiado tímidas, y los girasoles, demasiado altaneros. Por lo que necesita un amigo diferente, alguien que vea el mundo desde otra perspectiva.

Durante días, Saltarín estudia a la misteriosa columna coral. Salta a su alrededor en círculos cada vez más pequeños, como un detective diminuto investigando un caso colosal. A veces se acerca tanto que puede percibir una fragancia fresca y dulce que emana del extraño objeto. Otras veces cree sentir una vibración sutil, como si la cosa estuviera... ¿Viva?



**Sofía Matiz**  
*El origen del sol y la luna*



¿Cómo crees que se creó el universo y todo lo que hay en él? Seguramente tus conocimientos se basan a partir de alguna religión o la ciencia, pero ¿qué pasaría si te digo que la realidad es mucho más diferente.

Millones y millones de años atrás, antes de que el sol y la luna fueran solo cuerpos celestes distantes que iluminan el cielo, existía un reino divino donde los dioses forjaron el destino de todo lo que habitaba en la Tierra. En el principio, la oscuridad del vacío no era absoluta, sino que estaba llena de energía primordial, esperando ser moldeada. De esa energía nacieron los primeros dioses, entre ellos El Creador, el dios supremo, cuya voluntad era dar forma a la luz y la vida, y a través de él nacieron los elementos que regirán el mundo: la Tierra, el Aire, el Fuego, y el Agua. Estos dioses primigenios tejían el orden cósmico, y bajo su mirada, la vida empezó a florecer.

El Creador, al ver la armonía entre los elementos más viendo que el mundo no podría florecer por su cuenta mientras que su energía mantuviera el día y la noche, decidió crear a dos hijos que iluminaran el futuro y trajeran equilibrio a los cielos: Sol y Luna, los gemelos divinos nacidos de las estrellas y de la energía pura del universo. Eran hermanos destinados a ser poderosos, pero también muy distintos, como dos caras de una misma moneda. El Creador, en su infinita sabiduría, decidió que serían entrenados para gobernar los cielos, pero la naturaleza misma de su existencia iba a ser puesta a prueba a través de una difícil batalla, pues era necesario que solo uno fuera digno de tomar el puesto más importante: el dominio del día o de la noche.

Desde sus primeros momentos en el mundo el contraste entre los dos niños era muy claro, mientras que Sol, el mayor de los dos, fue dotado con una energía potente que reflejaba su naturaleza ardiente, su mirada siempre fija en el horizonte, buscando deslumbrar y superar a todos los que se encontraran a su paso. Con el paso de los siglos, su corazón creció con un deseo insaciable de ser el centro de atención, el líder indiscutido, como el rey del cielo. Luna, por otro lado, aunque igualmente poderosa, poseía una naturaleza serena, tranquila y reflexiva. Su energía no era tan abrasadora como la de su hermano, pero sí profundamente reconfortante. En lugar de desear dominar, Luna deseaba proteger y guiar desde las sombras, mostrando su luz suave a aquellos que necesitaban descanso, consuelo y paz. En su corazón, la belleza del mundo no se encontraba solo en su resplandor, sino en las pequeñas acciones diarias de bondad y sacrificio.

Durante toda su niñez su padre puso como primera prioridad su entrenamiento y educación, sabiendo perfectamente que él no podría guiarlos una vez cumplieran con su destino. Sin embargo, en su apuro por prepararlos no se dio cuenta de toda la presión que estaba poniendo sobre los hombros de sus hijos, generando que se creara una clase de rivalidad entre ambos, cosa que a través de los años solo generó un vacío entre los dos el cual era remarcado por sus contrastantes personalidades.



**Lourdes Martínez**  
*Fresas quemadas*



Paquita se despertó feliz. Se encontraba soñando con la casa de la abuela mientras sentía el olor a fresas caramelizadas. Recordaba a medias su sueño, la casa de su abuela paterna rodeada de arbustos cargados de fresas y flores blancas, la abuela dándole de regalo unas semillas y una venda. Nada con mucho sentido aparente.

En la cocina de la madriguera, el pastel crecía en el horno. No era solo su cumpleaños: sería la primera vez que saldría al mundo exterior. Desde que tenía memoria, había escuchado a sus padres hablar de las madrigueras humanas, de sus colores y plantas, del olor a alcohol y a mogollas que se quedaba pegado en las calles. Se puso su mejor moño y salió a la sala. Su madre apareció con el pastel y una mochila para el viaje: semillas de girasol, dos patas de alacrán y una venda roja que resaltaba contra su pelaje oscuro.

\*\*\*

Su madre abrió la puerta de la madriguera y los colores invadieron los ojos de Paquita. Después de mucho tiempo pudo reconocer el azul del cielo, el verde de las plantas y el terracota de los techos de las madrigueras humanas. Esta tal Candelaria era mucho más hermosa de lo que pensaba.

Cerró sus ojos y se dejó invadir por los nuevos olores que su nariz procesaba, además de asociarlos a los restos de comida que había en la madriguera: el anís del aguardiente, la chucula recién molida y el maíz de la chicha. —¡Paquita, vente pa’ acá! Que el día es corto y hay que roer —dijo su padre mientras tiraba de su cola. Como era la primera vez que Paquita salía, sus padres habían planeado un recorrido completo por su zona de recolección. Bajaron hasta la séptima para que pudiera ver el movimiento de las personas, entendiera qué lugares eran los propios para recolectar comida y tuviera precaución con los animales allí existentes. Sin embargo, al llegar, la cantidad de humanos corriendo desbordaba las calles de la séptima. —¡Lo mataron! ¡Lo mataron! —gritaba la gente alrededor de donde estaban.

Los gritos, las arengas y los radios encendidos despertaron a Paquita del trance.

Paquita, su madre y su padre comenzaron a correr en dirección a la madriguera. Los olores que tanto había atesorado se mancharon con el olor a sangre, polvo y sudor que las personas llenas de furia desprendían. Aquellos colores que sus ojos contemplaban se tornaban en un rojo vivo acompañado del denso humo negro que desprendía el fuego. Los ojos de Paquita se nublaron y ella comenzó a experimentar algo que, desde el fallecimiento de su abuela, jamás había sentido. Tenía miedo.





FICCIÓN

Marah Escobar  
Blue District



La ciudad no dormía. Nunca lo había hecho. En Debrys no había luz suficiente que llegara para marcar la diferencia entre el día y la noche. No importaba de todas formas. Lo único que se podía ver a kilómetros de distancia eran las cientos de torres metálicas oxidadas con el tiempo, que parecían estar a punto de colapsar, sostenidas con cables improvisados. Humo gris salía de tubos de vapor entre calles estrechas, y logos de luces neón brillaban hasta cegar a todo el que los viera: fucsia, verde eléctrico, carmesí intenso, azul. Azul, ese maldito azul candente. Por supuesto. Siempre con el neón parpadeante que iluminaba los charcos de agua sucia en el piso.

En cada esquina había un bar, y en cada callejón, alguien negociaba algo que podía salvarte o arruinar-te en cuestión de minutos. Música distorsio-nada que cambiaba cada pocos metros sonaba sin descanso, casi con el propósito de no dejar la mente en silencio ni un solo segundo. Clubes brillantes y lujosos por dentro llamaban la atención de quienes pasaban por allí, contrastando con fachadas mise-rables. Se escuchaban risas hedonistas mezcladas con gritos de peleas en callejones, que al mismo tiempo se fusionaban con el zumbido constante de generadores eléctricos y drones de vigilancia. Sire-nas a lo lejos, el murmullo de mercados ilegales, pi-sadas que chapoteaban en charcos. Sin un segundo de descanso. Podría llamarse zona roja, pero esto no aplica cuando se trata de la ciudad entera.

El olor de la ciudad era como una nube oscura que no se iba, impregnando cada pared y cada suelo. Una mezcla de humo químico con humedad de al-cantarilla. El dulce artificial de perfumes y de nar-cóticos en aerosol. El aceite quemado y el metal caliente proveniente de las fábricas a las afueras. Su gente no era mucho mejor. Había multitudes desordenadas en todas partes, amontonándose en-tre sí como animales, intentando entrar al nuevo club de la semana cuando el último colapsó. Las personas empujaban y rozaban con ropa de cuero, plástico o piel sudorosa en las aglomeraciones. El piso vibraba cuando pasaban vehículos pesados o cuando la música de un bar retumbaba demasiado fuerte. El aire estaba cargado de polvo y calor hu-mano, mezclado con ese sabor metálico que deja-ban las drogas más baratas.



Mariana Goyes  
Llamando al amor



Me duele la cabeza y veo borroso. Mis manos tiem-blan y apenas recuerdo lo que pasó en los últimos días. Intento levantarme de la cama pero mis pier-nas están muy débiles. A mi alrededor siguen los tarros de pastillas vacíos. Pensé que esta vez sí lo iba a lograr. Pero no, ni siquiera con eso pude. Al final, aquí sigo. En la misma cama, destendida y entre las cuatro paredes que detesto ver. Mao maú-lla y me levanto a abrirle la puerta. Su arena está sucia y no ha comido desde la última vez que es-tuve despierta. Lleno su plato a tope y me mareo. Me siento en el piso. Él sigue maullando mientras come. Definitivamente no puedo seguir así.

Cami me escribió hace dos días y no le he respon-dido. Me mandó un número y me dijo que llamara ahí. No tengo nada que perder así que lo hago. *Lo sentimos, no se puede realizar esta llamada ya que cuenta con saldo insuficiente.*

Justo cuando intento ayudarme me pasan estas vainas. Voy por mi computador y hago una recar-ga. Treinta mil pesos menos en mi tarjeta de dé-bito. Marco otra vez y me recibe una voz robótica. *Bienvenido a la línea 106: el poder de ser escucha-do. Si tiene una urgencia o emergencia de salud mental recuerde que puede llamar al 123 y recibir apoyo de su EPS o prestador de salud. Debido al alto número de llamadas que recibimos en la línea 106 la atención puede tardar un poco. Por favor espere en la línea.*



Adriano Bernal  
Un último destello



Hace días no siento que el viento roce mi piel, que el sol caliente mi cuerpo o el agua bendiga mi len-gua. Hace días que los gritos se volvieron melódi-cos, que los lamentos resuenan secos como hojas quebradas, y que las sirenas de auxilio exhalaban su último aliento. Hace días que la magia abando-nó mi cuerpo, que las armas se rebelaron contra sus dueños, y que las bestias traicionaron a sus amos. Hace días que los antiguos dioses nos abandonaron. No siempre fue así. Durante siglos, el mundo se mantuvo en equilibrio. No era perfecto, pero era nuestro. Recuerdo bien esos días antes de la caí-da: las largas jornadas en el campo, el olor a tie-rra húmeda después de la lluvia, el murmullo del mercado donde las risas y el regateo llenaban el aire. No pedía más que eso, no ansiaba el fulgor de los héroes ni los cantos en mi nombre. Pero ahora, mientras siento cómo la vida se desliza entre mis dedos como arena en el viento, desearía haber sido alguien más. Algo más. ¿Y si hubiera sido yo uno de esos aventureros? ¿Uno de esos héroes cuyas hazañas inspiraban a bardos y escribas? ¿Habría podido evitar el desas-tre, yo, un mísero campesino? ¿Podría haber de-safiado el destino que nos condenó? Tal vez, pero ya jamás lo sabré. El mundo se hunde, segundo a segundo, en la podredumbre del caos. Los dioses se cansaron de su creación: se decepcionaron des-pués de siglos de conflictos y herejías en su contra. Ellos nos lo dijeron antes de abandonar su trono de estrellas.



Gregorio  
Exilium Daemonica



Reino de Nájera-Pamplona, Península Ibérica, año 1000 d.C.

La noche en la ciudad de Nájera se sentía como un horno de piedra apagado. El calor durante el día era aplastante, y debido a que no soplaba el viento en la cacerola que creaban las montañas a su alre-dedor, el aire de la noche se sentía denso y pegajo-so. La mayoría de los habitantes de la ciudad dor-mía. Los mercados estaban vacíos, los yunques de las herrerías fríos, y apenas había algunos guardias rondando por las murallas y entre las desoladas ca-lles. Quienes no estaban bebiendo en una taberna, dormían, aunque nunca tranquilos, debido al exis-tente temor de un asedio por parte del Califato de Córdoba.

Casi todas las luces estaban apagadas, a excep-ción de las del gran salón del castillo que vigilaba la ciu-dad desde la cima de una colina. En este castillo, usualmente a esta hora, los nobles descansarían con estómagos llenos en sus camas de lino y lana, tras colgaduras de seda. Pero esta noche no. A la luz de las antorchas y al calor de una chimenea, se encontraban tres hombres poderosos.

—Esto no puede seguir sucediendo. —dijo un hom-bre barbado vestido con una túnica roja y coro-na, mientras caminaba preocupado de un lado a otro, llevándose la mano a la frente y frotándola con fuerza.

El nombre de aquel regente era Sancho Ramírez de Viguera, rey de Viguera, quien ejercía temporal-mente los deberes de rey de Nájera-Pamplona des-de la extraña desaparición de su rey en una batalla contra las fuerzas cordobesas. En este nuevo reino se sabía poco de él, más allá de que se le considera-ba un hombre justo con sus súbditos y preocupado por su familia. Aunque, según dicen, tenía un juicio volátil cuando estaba profundamente ansioso.

—Pero lo está, Vuestra Majestad. —dijo un hombre delgado, de nariz aguileña, y apenas unos pelos ca-nosos en sendos lados de la cabeza, vestido con una túnica blanca y una capa pluvial roja.

Aquel hombre de la iglesia que entregaba el mensa-je era el Obispo Villanueva, un hombre que, debido a su amplio conocimiento en teología, era respe-tado por los habitantes de la ciudad. Sin embargo, nadie quería acercarse personalmente a él, pues tenía la costumbre de frotarse las manos y sonreír con un alto porcentaje de encías, lo que generaba en algunas personas un sentimiento de desconfian-za, y hacía llorar a los niños que lo veían por pri-mera vez. Otra cosa que aterrorizaba a los niños y les producía una mórbida curiosidad a los adultos era la ausencia del dedo medio de la mano dere-cha. Los accidentes de guerra o de trabajo no eran poco comunes en aquellos tiempos, y había gente a la que le faltaba el pulgar, el índice, o incluso toda la mano. Pero el dedo medio era un dedo muy ex-traño de perder, lo que solo añadía más extrañeza a la apariencia de este clérigo.

—Según los mensajeros que vienen desde Cervera, el Rey García Sánchez II de León fue capturado por las fuerzas moras. —continuó.

Al otro lado de la sala, un hombre fornido con el pelo del color de la pez y sombra de barba en sus mejillas, quien se reclinaba contra un pilar de pie-dra de la chimenea, se levantó ante esta última de-claración, chocando la punta de su espada contra la base del pilar. El repique metálico rebotó por todo el salón. Tras sus gruesas cejas negras se percibía una mirada llena de ira contenida.



Juliana Cháves  
Un viaje por el olvido



La tiza deja un rastro blanco sobre la pizarra, pero Clara no recuerda cuál era la palabra que debía escribir. El murmullo de los estudiantes se agita detrás de ella, esperan. Gira el rostro, sonrío, como si aquello formara parte del plan.

No lo es.

Se descubre observando las manos que había usado toda su vida, las mismas que han pasado cientos de veces las páginas de un libro, señalando versos, abriendo mundos. Hoy, en cambio, parecen manos prestadas, un poco torpes, incapaces de ordenar las ideas que se encuentran en su cabeza.

Un alumno levanta la voz:

—Profesora, ¿iba a escribir “metáfora”?

Clara asiente, agradecida. Lo repite en silencio: metáfora. La palabra regresa como una visitante demorada. Se aferra a ella, como si al pronunciarla pudiera sostener también todo lo demás que amenaza con desvanecerse.

Llegan las tres de la tarde. Elías está en el mismo lugar de siempre, apoyado sobre la baranda, haciendo un gesto juguetón con las manos. Siempre la espera para ir a casa. Mira de reojo a la puerta, sin apuro, sabiendo que en cualquier momento su madre aparecerá entre la multitud.

Clara lo distingue enseguida. Cuando se acerca, Elías se endereza, acomoda su mochila en silencio y, casi sin pensarlo, toma la carpeta que ella lleva pegada al pecho. Nunca pregunta cómo le fue, aprendió hace tiempo que esa clase de preguntas no hacen falta. Prefiere estar ahí, sin juzgarla, incluso cuando se queda callada o cuando repite dos veces la misma frase.

En el camino no hablan mucho. A veces Elías suelta un comentario breve: el tráfico, un profesor, un partido del colegio. Ella lo escucha, más atenta al tono de su voz que a las palabras que salen de su boca. Otras veces caminan en silencio, un silencio que no pesa, que no incomoda.

Al llegar a casa, Elías prepara la cena. De nuevo, el silencio es protagonista del espacio.

Comen juntos casi en automático, como si la rutina los envolviera sin necesidad de hablar. Después de comer, Clara permanece en la mesa un rato más. Elías recoge los platos sin que ella se lo pida, un gesto aprendido de tantas noches similares.

La luz del comedor es tenue y sobre el mantel está la carpeta que su madre siempre lleva contra el pecho. Elías la abre despacio, con una timidez que no logra disimular. Se encuentra con páginas llenas de trazos inseguros: mapas torpes y fragmentados que parecen un gesto desesperado por retener lo que a su madre se le escapa. Se queda mirándolos, sin saber del todo qué decir.

—Madre... ¿te puedo hacer una pregunta? —su voz es baja, casi un murmullo.

Clara levanta la vista y sonrío suavemente.

—Claro, mi amor. Cuéntame.

—¿Qué son estos mapas que traes siempre contigo? Clara posa la mano sobre la carpeta, como si quisiera protegerla. Sus dedos tiemblan al recorrer los bordes de las hojas. Tarda en hablar, buscando en su cabeza la respuesta correcta.

—Sabes muy bien que mis recuerdos se desvanecen —dice al fin, con calma—. Pronto olvidaré los lugares más hermosos en los que estuve y todo lo que alguna vez significaron para mí. Mis manos ya no funcionan como antes y las palabras... las palabras se me escapan, como si jugaran a esconderse de mí. Clara acerca una de las páginas hacia Elías, dejándola frente a él. El dibujo es impreciso y algo confuso, pero el rostro de Clara refleja calma, la firmeza de quien sabe que ahí late un recuerdo.



Gabriela Plata  
Ni contigo, ni sin ti



Lunes, 7:45 a. m. La recepción huele a café recién preparado. Lilibelle entra con una libreta cuadriculada y gesto de lunes: mandíbula firme, ojos bien abiertos y cabello recogido en una cola de caballo. Había llegado temprano para tomar posesión de su puesto: escritorio nuevo, un archivador que no corría bien, un sobre rotulado caja menor con efectivo para pagos urgentes, la tacita blanca con el borde astillado que encontró en la cocina. Al doblar el pasillo, lo vio. Un desconocido inclinado sobre su mesa, la gaveta abierta, los dedos que tocaban justo donde estaba el dinero. El primer día y ya había manos ajenas en su territorio.

—¿Qué está haciendo en mi puesto? —disparó, con tono subido, con ese tono que hiere más que un grito.

El hombre alzó la cabeza, camisa arremangada, pelo despeinado de quien no le da explicaciones a nadie.

—¿Y a usted qué le importa? —soltó, como quien escupe una piedra.

El silencio de la oficina se encogió. Lilibelle dio dos pasos, cortos y secos.

—Quite las manos de ahí.

—Estoy trabajando —dijo él—. No me estorbe.

—Le pedí que retire sus manos. Ahora.

La gaveta quedó a medio cerrar, el sobre a la vista. Nadie alrededor entendía todavía que ese escritorio, con su sobre y su taza, era la única isla que pertenecía a Lilibelle en un edificio que no conocía. Él, en cambio, parecía tenerlo todo calculado, como quien tantea una puerta antes de empujarla. Se miraron de frente. No fue coqueteo. Fue choque. —Retírese de mi puesto —remató ella, marcando cada sílaba.

El desconocido sostuvo la mirada un segundo más de lo debido, como si necesitara dejar claro que podía quedarse. Lilibelle ya estaba marcando al coordinador en el teléfono interno.

—Buenas, ¿sí? Necesito que venga a la secretaría general. Tengo a alguien revisando mi escritorio sin autorización.

Llegó el coordinador en minutos: carpeta bajo el brazo, paso rápido, oficio aprendido. Miró a Lilibelle, miró al hombre, miró el puesto.

—A ver —dijo con un tono de burla—. Presentaciones. Lilibelle, bienvenida. Y este señor al que acabas de echar de tu puesto se llama Juan Carlos. Es el coordinador de Seguridad y Salud en el trabajo. Identifica riesgos, capacita, controla, investiga accidentes, gestiona emergencias, asegura cumplimiento legal, entre otras cosas.

El aire cambió de densidad. El desconocido bajó un punto los hombros. Lilibelle apretó un poco menos la libreta.

Juan Carlos fue el primero en mover la ficha.

—No quise molestarte —dijo con otra voz—. Debí presentarme. Buscaba la carpeta con documentos urgentes que debía presentar hoy, la había dejado bajo custodia de la secretaria anterior. Perdón por el tono.

El perdón no arregla el primer golpe, pero afloja el siguiente. Lilibelle no sonrió.

—Mi nombre es Lilibelle —contestó—. Es mi primer día.

—Aviso recibido —dijo él, y, por primera vez, pareció alguien que podía escuchar.

La escena no termina ahí. Quedan el murmullo de pasillo —“La nueva le cantó la tabla al de SISO”— las miradas laterales, el sobre guardado con doble llave. Queda, sobre todo, el rastro del orgullo en dos personas: ella, quirúrgica; él, áspero. No fue un flechazo. Fue la clase de encuentro que deja marcas pequeñas e invisibles, como cuando uno apoya la mano en un vidrio frío.



Kenan Landazuri  
Álbum de memorias falsas



1. La vez que casi fui astronauta:

Recuerdo el día en que estuve a punto de convertirme en astronauta. No fue en la NASA ni en un centro espacial, sino en el patio de la casa de mi abuela. Yo había encontrado un casco de moto viejo y convencí a todos de que era suficiente para viajar al espacio. Amarré una silla con cuerdas, le pegué tubos de PVC a los lados como si fueran propulsores y declaré que esa era mi super nave galáctica. La cuenta regresiva la hice yo mismo, con la esperanza y valentía de quien va a dejar atrás su planeta: diez, nueve, ocho... Cuando llegué a cero, alguien encendió un fósforo en una lata y el humo se elevó como si realmente hubiera despegado. En ese momento juré que estaba flotando, aunque en realidad solo estaba sentado en una silla de plástico inmóvil, mirando el cielo lleno de nubes que no se apartaban para dejarme pasar. Nunca despegué, claro. Pero esa tarde volví a entrar a la casa con la seguridad de que había salido de la Tierra y de que, de algún modo, ya era distinto. Mi abuela me sirvió el almuerzo como si nada hubiera pasado, pero yo sabía que no regresaba del mismo lugar del que había partido.

2. El día que reparé el reloj del tiempo:

Recuerdo aquella tarde en que decidí arreglar el reloj del tiempo. No era un reloj cualquiera, estaba colgado en la sala de mi casa y desde hacía días sonaba extraño, como si cada tic-tac se quedara atrapado entre las paredes. Yo estaba convencido de que no solo medía la hora, sino que regulaba el paso del tiempo en el mundo entero. Lo desmonté con un destornillador oxidado y empecé a examinar sus piezas como si fueran los engranajes de un universo diminuto. Había resortes que parecían galaxias enredadas, agujas que pesaban más de lo que deberían y un péndulo que no oscilaba, sino que respiraba. Cuando toqué el centro del mecanismo, juraría que escuché VOCES lejanas, como si se tratara de todas las horas que ya habían pasado y se resistían a desaparecer. Intenté alinearlos a mi manera, soplé el polvo, ajusté los tornillos y hasta lo lubiqué con aceite de cocina. Ese mismo con el que mi papá fabricaba sus mejores recetas caseras en casa como nuestro delicioso chocopan que solo se prepara en casa de los Landazuri. Y aunque no tenía ninguna experiencia técnica, cuando volví a ponerlo en la pared, el reloj volvió a andar. El problema fue que al mismo tiempo noté algo raro, afuera, el sol no se movía. La calle quedó suspendida en una luz amarilla, los carros detenidos, la gente en pausa. Yo había reparado el reloj, pero también había detenido el tiempo. Pasaron horas, o quizá no pasó ninguna, hasta que lo toqué de nuevo y todo arrancó de golpe. El sol siguió su camino, los carros rugieron, la gente volvió a caminar como si nada. Guardé silencio, no dije nada a nadie, y desde entonces siempre miro ese reloj con la sospecha de que, si vuelve a fallar, todo podría detenerse otra vez.





Angie Rincón  
Los duraznos también florecen



Ese día alguien dejó este mundo. Yo, quien era la única persona viva que lo había presenciado, no pude evitar ser consumida por una espantosa melancolía que me hizo sentir culpable cada vez que me pasaba algo bueno, que sonreía, que me divertía, que soñaba. Claro, que sucediera todo lo anterior era, por mucho, complicadísimo, teniendo en cuenta que por aquellos días lo único que hacía era el trabajo que, de por sí, mi propio cuerpo ya estaba programado a la perfección para ejercer. En cambio, para mí, cumplir con mis otras necesidades básicas era tan, pero tan irrelevante. Pensar en saciar mi estómago era banal y tener que ir a vaciar mi vejiga, aunque pertinente, era un suplicio. Dentro de mi recién (quizá no tanto) aparecida depresión, me era inconcebible el que yo pudiese seguir disfrutando de mi vida con normalidad. Continuar como si nada hubiese pasado significaba, por un lado, vivir con ese pensamiento miserable que se repetiría todos los días gritándome “¡INDOLENTE!” y, por el otro, caer en uno de los crímenes más viles que puede llegar a cometer nuestro cerebro contra nosotros mismos: el olvido.

Durante esos días... o semanas, ya no lo tengo muy presente, mis padres hicieron todo lo que estaba en sus manos para sacarme alguna sonrisa. Nunca lo lograron, por supuesto, pero aprecié su empeño para conseguirlo. Con suerte eran capaces de hacer que comiera algo, pero, sin desprestigiar su esfuerzo, creo que lo hacía más por ese impulso biológico de mi cuerpo para sobrevivir. Cuando todo inició, mis padres estaban completamente aterrados. No sabían qué hacer, cómo reaccionar, cómo dirigirme la palabra, no querían arriesgarse a hacer nada. Sus lenguas parecían haber sido hechizadas para no pronunciar ni una sola palabra en frente de mí y, más allá de los ‘ruiditos’ que lograban hacer a boca cerrada y que, por conveniencia social, significaban “sí” (estoy de acuerdo, está bien, está mejor así o tienes razón) y “no” (no creo que debamos hacer eso, déjala tranquila, mejor vámonos o más tarde lo volvemos a intentar), tampoco lograban emitir sonido alguno en la misma habitación que yo.

No era de extrañar que a mis papás esto les tomara por sorpresa. No entendían el porqué de mi súbita situación, pero vaya usted a decirle o preguntarle algo a su hija adolescente al verla en tal estado. Hacer aquello era poner la mano desnuda en la olla caliente y esperar que no se queme. Buena intención, muy mala ejecución. Mejor apagar la estufa y esperar a que la olla se enfríe ¿no? Bueno, yo no soy una olla, pero ciertamente habría sido capaz de lanzarle una a mi papá si me preguntaba por enésima vez “¿qué tienes?”. Y no era porque me llenara de ira lo que estaba viviendo o porque tuviese una mala relación con mi papá, todo lo contrario, pero es que no podía evitar sentirme así, como... vacía. No culpo a mis padres, puedo comprender que no es normal que tu hija un día esté gozante de energía y justo al siguiente esté tan apagada. Pero lo peor de todo en este caso no eran mis padres extrañados, era yo... que estaba aún más extrañada que ellos.



Karolynne Arce  
El secreto de una reina



Hoy es un día nublado en la capital colombiana. Es un típico día gris en la ciudad de Bogotá. Soy una estudiante universitaria, estudio Historia y Periodismo. Es un poco difícil, ya que no tengo mucho tiempo para descansar, pero me gusta mucho estudiarlas. Además, mis viejos me pagan el semestre con mucho esfuerzo. Las elegí porque me pueden ayudar a descifrar quien soy realmente, además cuestionar a los demás como una interacción amigable y poder hacerlo conmigo misma. Aunque mi vida no ha sido fácil, he sido muy feliz. Soy adoptada, me acogió una pareja de ancianos llamados Rosa y José cuando era muy pequeña. Son unos viejitos muy alegres y adorables, soy la consentida de la casa ya que ellos no pudieron tener hijos propios y estaban mayores cuando llegué. También vivimos con un perro viejo llamado Chuchito y una gatita bebé de color negro que adopté hace poco llamada Chía. Vivimos en un apartamento relativamente grande en el centro de la ciudad. No me acuerdo mucho de cómo llegué, pero ellos me cuentan que una mujer joven dejó a una bebé en la puerta de su hogar con una manta dorada y un sobre sellado con cera roja. Aunque no tenía remitente, traía un pequeño mensaje en un idioma extraño, que no he podido traducir del todo. Mis viejos me lo entregaron hace poco ya que por mucho tiempo buscaron a esa mujer, pero jamás la encontraron.

Me llamo Carolina y tengo 20 años. No sé a ciencia cierta de qué parte del mundo provengo, he investigado, pero aún no he encontrado la respuesta. Desde muy chiquita he desarrollado poderes, más o menos desde los 5 años, o como los llama Rosa “habilidades especiales”. Tales como ver el futuro o tener premoniciones por medio de sueños, visiones al tocar algún objeto o alguna persona, además de sentir la energía o ver el aura de las personas como un halo de luz de colores alrededor de las personas y manejar los cuatro elementos naturales con mi cuerpo, ya sea lanzándolos por mis manos o cambiando mi cuerpo (como la antorcha humana de marvel).



Santiago Aguirre  
Crónicas de Asyus. Libro 1  
La Guerra por la Tierra



¿Alguna vez la vida te pareció mundana, a diferencia de las películas de fantasía? ¿Alguna vez pensaste en cómo el mundo podía ser tan soso, en cómo esos paisajes naturales y edificios imponentes son el límite de lo bello en la Tierra? ¿Alguna vez sentiste que tu cuerpo era tan débil, tan flojo como un montón de huesos con carne, incapaz de generar algo más allá de la nada? ¿Que dentro de este vasto universo nos limitemos a caminar y no volar? ¿A comer, no por gusto, si no por supervivencia? ¿A tener un sistema autodestructivo, en el que existe el dinero, el trabajo y la política? Somos inconvenientes ¿no? Ineficientes, complicados y a la final estúpidos. Debemos ser mejores. Olvidarnos de lo que existe para realmente, disfrutar existir. De esto trata... PLAN ZERO.



EVE  
A mediados del siglo XXI, la humanidad descubrió una curiosa sustancia nunca antes vista. Era un líquido viscoso y rojo. Fue hallado en las profundidades más recónditas de la Tierra, casi llegando al centro del planeta. Al estudiar sus propiedades, se dieron cuenta de sus fascinantes propiedades. Al probarlo con distintos seres vivos, se observaba que este elixir cambiaba su estructura genética. Los podía volver más veloces, más grandes, como también los podía desfigurar o enfermar. Pero lo que volvió loco al mundo, es que en el caso de los humanos, el efecto de este líquido era capaz de brindarles poderes, habilidades especiales, fuera de nuestra comprensión. Suena fascinante, ¿no? ¿Quién no querría tener poderes? Es lo que todos alguna vez soñamos viendo ciencia ficción. Fue tanto el alboroto por este descubrimiento, que al líquido se le acuñó el nombre de Eve. Por la palabra en inglés, evolve.  
Como era de esperarse, la extracción del Eve se masificó, y empezaron a llegar los problemas. Perforaciones tan profundas en la superficie de la Tierra, más toda la tecnología que este proceso conllevaba, trajo daños graves al medio ambiente del planeta y la estabilidad de las placas tectónicas. Muchos desastres naturales ocurrieron por décadas a causa de su extracción.  
No obstante, —como si el humano no hubiera dañado el planeta lo suficiente— las distintas naciones no cesaron ni disminuyeron estos procedimientos. Continuaron sin descanso su búsqueda por esta materia preciosa.  
Desgraciadamente, el descubrimiento de esta sustancia no se quedó únicamente en el daño del mundo. El Eve trajo unas consecuencias irreversibles para la humanidad como la conocemos.

EL PRINCIPIO DEL FIN  
Ante una responsabilidad tan grande, los gobiernos de las potencias mundiales tomaron control de su extracción y se las reservaron para propósitos militares. Países en desarrollo y de menor trascendencia tardaron mucho en tener acceso, pero eventualmente, la tecnología para extraer la sustancia se extendió a muchos países del mundo. Como era de esperarse, Europa, Medio Oriente y países como Rusia, Estados Unidos y China codiciaban el control de la extracción, así como su posesión. Las tensiones atemporales entre estos estados, se incrementaron aún más con la aparición del Eve. Y con lo que se coqueteó durante muchos años, lo que se veía tan lejano, cuya no concreción hacía pensar en una humanidad finalmente evolucionada; ocurrió. El 24 de junio de 2073, se dio inicio a la Tercera Guerra Mundial. Una que, esta vez, sí fue mundial. Una inhumana y sangrienta masacre. Los protagonistas, dotados de superfuerza, regeneración, piromancia, control mental y el poder volar; perdieron el control dentro una realidad que recién conocían. Y como pocas veces, este caos trascendió las trincheras, e inundó las ciudades.

Desde reclutamiento forzado, a experimentación ilegal a nivel transnacional, no hubo organización de los Derechos humanos que detuviera la plaga de super personas. 30 años tardó el mundo en irse al carajo. Kim Ju-ae, sucesora al trono de Kim Jong-un en Norcorea, derribó el primer dominó en 2097. Envío agentes encubiertos a diversas potencias mundiales. Tras incontable actividad clandestina, Corea del norte construyó los primeros Super Soldados. Estos agentes encubiertos, presentaban mutaciones similares a un Electróphoros, o anguila eléctrica. Incorporaban la habilidad de controlar las frecuencias eléctricas a niveles microscópicos. Eso significa que podían freír las redes neuronales de los demás. Y como mínimo causar una incapacidad severa de por vida.



Mateo Ojeda

5:59

Ficción



*El niño corría descalzo por el campo. La hierba rozaba sus piernas mientras perseguía mariposas de color rojo. El sol dorado de la tarde resplandecía. En la risa del niño había algo puro, como un canto que acompañaba suavemente al aire y la tranquilidad en armonía.*

*A lo lejos, sus padres lo observaban. No se acercaban, solo miraban detenidamente. La mujer, con las manos entrelazadas encima del pecho, estaba echada en el pasto. El hombre sonreía y posaba su espalda en el tronco de un árbol muy alto y bello. El niño levantaba su mirada de vez en cuando para asegurarse de que sus padres seguían ahí, y cuando se encontraban sus miradas, sonreía con alegría.*  
*El día era perfecto. El clima, el espacio, todo era perfecto. Tan perfecto que parecía irreal.*

Eran casi las seis de la tarde, el sol teñía toda la estación del tren con un color naranja brillante. El viento soplaba con sutileza y el sonido de la gente primaba por encima del graznido de los pájaros.

Había algo extraño en ese atardecer, como si el cielo estuviese a punto de llorar, pero se contuviera.

Ella llegó temprano a la estación. Cargaba un bolso de cuero café, un abrigo largo de color beige, unas botas negras con detalles dorados y una boina de color rojo. En la mano derecha cargaba unos papeles de color blanco que estaban muy sucios. En su mano izquierda sostenía un libro viejo. Un libro que parecía haber sido leído demasiadas veces. Él, apoyado contra las tablas de madera del espaldar del banco, escuchaba música en su reproductor sin prestar atención a su alrededor.

Estaban a metros de distancia, pero no lo sabían: aquel amor se había perdido en el olvido, en lo más profundo y lejano del hipocampo.

El tren tenía más de veinte minutos de retraso, pero no importaba. Habían pasado más de quince años desde la última vez que se vieron. La vida los había separado de una manera injusta, sin promesas, sin despedidas, sin un atisbo de esperanza. De una manera fría, rápida, dolorosa. La memoria había cumplido con su objetivo: borrar las voces, los rostros, los mensajes, los recuerdos... todo.

Un niño de cabello claro caminaba por el andén, sus zapatos de color rojo contrastaban con su ropa blanca. Nadie lo miraba. Pasó junto a ella y le sonrió, siguió su camino como si nada hubiera pasado.

Un viento fuerte hizo volar los papeles que estaban posados sobre sus blancas manos. Cayeron al suelo. Ella se agachó con torpeza y, nerviosa, los empezó a recoger. Él se agachó al mismo tiempo y tocó su mano por accidente.

El contacto solo duró un segundo, pero fue un segundo que lo cambiaría todo.  
—¿Te puedo ayudar? —dijo él, con una sonrisa en el rostro, sereno, tranquilo.

Ella lo miró fijamente y algo dentro suyo se revolvió. Quitó la mirada después de un par de segundos, soltó un suspiro y se levantó.  
—No puede ser —susurró.



ENSAYO

Mariana Romero



En medio de todas las veces que he sobrepensado y cuestionado cosas en mi cabeza, siempre termino llegando a la misma conclusión, incluso en mi subconsciente; en las partes más silenciosas de mi mente, habitan tres conceptos que parecen ocuparla en su totalidad: el amor, el dinero y la felicidad. Son como tres sombras que nunca me abandonan, tres fuerzas que, aunque intente escapar de ellas, se meten en cada conversación, en cada silencio, en cada deseo.

Hay pequeños momentos en los que logro vaciar la mente, en los que siento que por fin dejo de pensar tanto. Sucede, por ejemplo, cuando hablo con otras personas. Creo que me distraigo, que me aparto de mis tormentas internas. Sin embargo, incluso ahí descubro que lo que me cuentan también gira alrededor de lo mismo. Me hablan de amores que se rompen o que esperan encontrar, de problemas con el dinero o de los sueños que podrían cumplir con él. También me confiesan la angustia de no sentirse felices, de no saber si lo que hacen en la vida vale la pena. Entonces me doy cuenta de que no estoy sola en esta rueda de pensamientos: todos, de una u otra forma, regresamos siempre a estas tres obsesiones.

Tal vez no sea casualidad. Quizás estas ideas funcionan como una especie de triángulo que sostiene lo humano. Si lo pensamos bien, ¿qué es lo que mueve a la mayoría de las personas en su día a día? El amor, en cualquiera de sus formas; el dinero, como medio para sobrevivir y conseguir cosas; y la felicidad, como una meta que parece justificarlo todo. Ninguno de estos tres existe por completo separado de los otros: el amor se cruza con el dinero, el dinero se relaciona con la idea de felicidad, y la felicidad parece depender de cuánto amamos o de cuánto tenemos.

El amor, por ejemplo, aparece como un motor vital. Desde siempre ha sido tema de canciones, de historias y de reflexiones, porque encarna una experiencia común: todos lo hemos buscado, todos lo hemos perdido, todos lo hemos confundido alguna vez. Pero el amor no existe en un vacío. Las condiciones materiales (el dinero) terminan influyéndolo. ¿Acaso no es cierto que muchas historias de amor se frustran por diferencias económicas? ¿O que la promesa de estabilidad financiera se confunde con la promesa de un amor duradero? De igual manera, cuando alguien nos dice que ama, inevitablemente pensamos si ese amor nos hará felices, si será un amor que valga la pena vivir.

El dinero, por su parte, es mucho más que billetes o números en una cuenta bancaria. Es un símbolo de seguridad, de acceso, de oportunidades. Pero al mismo tiempo es una cárcel, se convierte en la medida de lo que creemos merecer, del valor que pensamos que tenemos. En el fondo, no buscamos dinero por sí mismo, sino porque creemos que nos permitirá alcanzar la felicidad o sostener nuestras relaciones. Pero esa ecuación rara vez es tan simple: ¿cuántas veces se ha visto que quienes más dinero tienen son quienes menos disfrutan de la vida, o quienes menos saben amar?

Y la felicidad, aquella palabra tan usada y al mismo tiempo tan difícil de atrapar. Nos pasamos la vida persiguiéndola como si fuera un destino fijo, un punto al que algún día llegaremos. Pero lo

cierto es que la felicidad parece más bien un estado pasajero, un instante que se nos escapa apenas lo reconocemos. Aun así, nunca dejamos de buscarla. La pensamos como el fin último, como la razón de todo esfuerzo. Pero si la miramos con cuidado, casi siempre aparece unida a las otras dos: creemos que seremos felices si encontramos el amor verdadero, o si conseguimos suficiente dinero para no preocuparnos más. La paradoja es que, en esa persecución, olvidamos que quizás la felicidad no dependa ni de un amor perfecto ni de la riqueza, sino de reconciliarnos con la vida misma, con sus altibajos y sus límites.

Lo extraño es que mientras más reflexiono, más siento que mi identidad entera está construida a partir de estas tres búsquedas. No sé si vivo para encontrar amor, dinero y felicidad, o si esos conceptos viven a través de mí, moldeando lo que deseo y lo que temo. Y me pregunto, con cierto vértigo: ¿qué quedaría de mí si un día despertara y descubriera que ninguno de los tres importa realmente?



POESÍA

Gabriela Rincón



A veces el amor nos deja sin voz. No porque no existan las palabras, sino porque decirlas en voz alta parece demasiado arriesgado. Porque ser honestos en lo que sentimos es exponerse, y en esa exposición siempre existe el miedo: el miedo a quedar en ridículo, a no ser correspondidos, a que lo que para uno es todo, para el otro no sea nada.

Por  
eso  
escribo.

Porque las libretas no se burlan, porque el papel nunca me interrumpe y porque la tinta guarda mis secretos sin esfuerzo. Escribir se convierte en una manera de no olvidar, de no dejar que lo vivido, lo soñado o lo perdido se desvanezca. Para mí, es un acto que lleva consigo una dualidad: cuando no me atrevo a confesar lo que siento, al menos puedo asegurarme de que quedará guardado entre versos. Estos 6 poemas son exactamente eso: Versos en un diario secreto y escondido, pero que ahora voy a compartir como el comienzo de un poemario. Van a encontrar dedicatorias al destino, al silencio, a lo caótico y a lo vulnerable... a todo aquello que tiene que ver con el amor (o desamor). Encontrarán confesiones disfrazadas de metáforas, heridas que se abren para sanar, y la constante pregunta de si vale la pena amar cuando sabemos que podemos salir heridos.

Al final, estos poemas son la forma de demostrar que, aunque duela, aunque me exponga, aunque me muestre frágil, prefiero dejar que mis palabras vivan en el papel antes que dejarlas morir dentro de mí.

Maldito Destino

Lamentablemente tuve que dejar volar la idea de que podríamos ser el uno para el otro. Maldito Destino. Está tan cerca, lo veo todos los días y es tan perfecto que me enamoro cada día más de él. Maldito. ¿No me puedes hacer odiarlo? Si lo odiara todo sería más fácil. Pero tú, Destino, eres quien me hace amarlo. Es frustrante como al estar tan cerca, no lo estamos, nuestros corazones viven a

1000 kilómetros

de distancia y cada vez que se encuentran recuerdan que no pueden amarse. Sí, dan ganas de mandarlo todo a la mierda y de una vez por todas dejar esta incertidumbre. Pero no lo puedo hacer, **prefiero ahogarme en lo que siento y seguir amándolo en silencio.**

Ahora la única solución que le encuentro a tu caótica forma de actuar es esperar. Pero dentro de todos los algoritmos y opciones que podías poner frente a mí para elegir me dejaste de última. Dicen que esperar es la peor forma de perder el tiempo, pero al menos le saqué provecho a esta espera al escribirte versos. Maldito Destino, olvídate de mí, da una vuelta y ve a joderle la vida a alguien más. Acepto mi derrota, y de mi boca no vas a escuchar ni un solo reclamo más. Maldito Destino, me hiciste amarlo y **ahora cada vez que me acuerdo de él solo puedo pensar en el “hubiésemos”, porque tú nunca nos dejaste “ser”.**

Efímero

Tal vez te tuve **tres** segundos y te perdí en **dos**, pero es que **uno** nunca sabe cuándo dejar los sentimientos en un cajón.

✍

Jacobo Barrera  
Sus letras



Agosto 22, 2025

Ser amante es sinónimo de valiente, porque a todo aquel que ame, lo van a lastimar. Pero el valor de una persona llega a su muerte si en algún momento lo deja de intentar.

Del amor me veo tan solo como carnada. Quisiera dejarte con la inconsciencia marcada. Existen sentimientos tan hirientes como bala y algunos otros peligrosos como arma cargada.

Siento que yo ya no siento con el corazón, solamente mi cabeza me da la razón. Soñando solo en mi mente con hacer una canción, sin salir de los confines de mi propia convicción.

Ya me di cuenta de que al tiempo nadie lo espera y aprendí que el que más olvida, es el que más supera.

Yo deseo algo real, algo que amor requiera, no un simple juego de reciprocidad ligera.

Agosto 26, 2025

No planeo ser sincero, tampoco quiero agobiarte. Solo quiero que el tintero con el que me desespero, hable y diga lo que quisiera contarte.

Ni siquiera me duele, sé adaptarme a situaciones cuando me conviene. Si no hay pausa pa prenderlo pues ya nada me entretiene. ¿Qué pasa si no vienes?, ¿Qué pasa si no vienes?

¿Qué pasa si no vienes y al revés te vas? No quisiera que me dejes atrás, te busco entre mis pensamientos. Perdida en el bosque de mi memoria, no te logro encontrar.

Ojalá puedas encontrarte. No me importa si me paso de arrogante. Llegas tarde, siempre tan deslumbrante, vos tan brillante, tanto que arde.

Solo quisiera demostrarte que vos sos arte y plasmás algo fenomenal dentro de mi cabeza al pasar. La forma en que caminás me tiene sin pensar y mirando pa’ atrás a ver si te volteás.

Y me das una mirada de esas que a mí me entretienen. Me dejas mirando pa un lado pa ver qué es lo que sucede A ver si pa’ acá vienes, a ver quién intercede En esta situación que sabemos de los dos quiere.

Septiembre 17, 2025  
Huyendo de mí

No soy religioso, pero he sido pecador. Me pongo peligroso cuando entras en calor. Una visión, un pensamiento, unas horas de furor; cuando nos encontramos dentro de la cama los dos.

A tu cuerpo soy adicto, esos labios me envenenan, ¿cuál será el antídoto pa’ sellar esta condena? Qué pena, que me da cuando tú a mí me frenas. No me apagues la llama que me encanta cuando quema.

Nena, mera mírame un momento, no te pongas frágil que tú sabes lo que siento. Si fuera por mí, congelaría los momentos, pero por desgracia todo se lo lleva el tiempo.

Ayer le hablé a la luna, al sol y a las estrellas... Pedí el favor que por favor no se olvidaran de ella. Que la cuidaran siempre, que le dieran calor, que le brindaran todo aquello que no pude yo.

No necesito guías, contigo puedo solo. Te tengo poesías, ¿dime por qué no haces coro? Consumo porquerías, tanto que ni me controlo, y extraño la luz del día rozándote los poros.

Recuerdo despertar contigo y cómo me abrazabas y tantos desayunos que yo te llevé a la cama. Paso pensando que logré yo mirarte a la cara cuando llorando te rogué porque no te marcharas.

Ayer le hablé a la luna, al sol y a las estrellas... Pedí el favor que por favor no se olvidaran de ella. Que la cuidaran siempre, que le dieran calor, que le brindaran todo aquello que no pude yo. Ayer le hablé a la luna, al sol y a las estrellas... Pedí el favor que por favor no se olvidaran de ella. Que la cuidaran siempre, que le dieran calor, que le brindaran todo aquello que no pude yo.

✍



GUIÓN

Gabriel Barrero M.  
*La pluma*



1. EXT.SELVA-DÍA

Abrimos en UNA SELVA AMAZÓNICA donde hay un combate entre un grupo guerrillero y el ejército. Se puede deducir que es la guerrilla la que está ganando. Hay alrededor de una docena de cuerpos de soldados del ejército y un par de la guerrilla. Es una masacre.

Detrás de unos arbustos y disparando, están dos soldados rasos llamados MAURICIO (18) y DANIEL (21). Mauricio lleva una radio y está tratando de pedir refuerzos mientras que Daniel dispara.

MAURICIO  
(entre cortado a la radio)  
¡Aquí escuadrón tres, nos están masacrando! ¡Necesitamos refuerzos ya!

Silencio. La radio no responde.

Daniel continúa disparando, nadie le responde a Mauricio.

DANIEL  
¿Nada?

Mauricio respira hondo, sabe que no hay salida.

MAURICIO  
Nada.

Los guerrilleros abaten a los últimos soldados que estaban afuera de los arbustos, ahora solo quedan Daniel y Mauricio.

DANIEL  
¡¿Marica qué hacemos?! ¡No tengo muchas más balas!

Los guerrilleros se acercan cada vez más a los arbustos, es inminente que los encuentren.

MAURICIO  
No hay mucho más que podamos hacer.

LA PANTALLA SE PONE EN NEGRO

Escuchamos disparos.

MAURICIO (O.S.)  
¡Daniel! ¡Daniel!

CORTE A:

2. INT.SALA DE UNA CASA-NOCHE

En la sala de una casa vemos a DANIEL, ya envejecido (82), sentado en su sillón mientras su enfermero JUAN (30) le toma la presión. Daniel tiene una cara seria.

JUAN  
Bueno, todo está en orden don Daniel.

Juan le empieza a retirar el tensiómetro del brazo a Daniel.

La cara de Daniel pasa a convertirse en una de felicidad mientras mira a Juan guardar sus cosas en un maletín de enfermería.

DANIEL  
Chino querido, mil gracias. ¿Cuánto le debo?

JUAN  
Lo de siempre don Daniel.



EDITORIAL  
por la profesora Nobara Hayakawa

Los textos reunidos en este primer número de **PANDORA** son fragmentos de los proyectos personales de escritura desarrollados por los estudiantes del curso Narrativa Escritural 2 de la carrera de Narrativas Digitales del CEPER. Hay periodismo narrativo, ensayo, poesía, ficción histórica, infantil, fábula, guión y hasta tenemos un letrista. La variedad de géneros y voces nos ofrece una idea de la diversidad de intereses de una generación que escribe en papel, edita en computador y se interroga acerca del ejercicio de pensamiento que implica resolver sus textos sin tomar el tentador atajo de la IA. Hemos querido crear este repositorio impreso de los textos resultantes porque creemos en la palabra y nos gusta el papel.

Los textos completos se pueden leer en la página: **narrativaescritural.blogspot.com**

Bogotá, septiembre de 2025

Lea los textos completos en la página: **narrativaescritural.blogspot.com** o siga el enlace con este código QR:

